

te que vacila y realiza sus concepciones pesadamente. Esos primeros armazones góticos, siempre muy arqueados, rechonchos cilindros del más desagradable aspecto, no son interesantes sino por su fecha. Todas las demás partes del edificio y su ornamentación continúan, por otra parte, puramente románicas.

Al comienzo del siglo XIII aparece el gótico también en San Pedro de Bethisi, en San Esteban de Beauvais, en el pórtico de Saint-Leu-de-Essérent, en la capilla del priorato de Bellefontaine y en la pequeña iglesia deliciosamente esculpida de Noé-Saint-Martin. Se revela en adelante, a partir de 1125, é invade las grandes iglesias, las de las ciudades y de los monasterios de primer orden. Sin variar su fisonomía exterior, se extiende, se perfecciona, se complica y tiende a proscribir lo romano. Así lo vemos en el coro de Saint-Martin-des-Champs, en que crea el ábside de doble deambulatorio; en Cormièlles-en-Parisis, cuya cripta es toda ojival; en Saint-Germer-de-Flai, en que el ábside se apoya sobre verdaderos arcos botareles, primera manifestación de un procedimiento que había de resultar uno de los caracteres esenciales del arte nuevo. En fin, pocos años después de la muerte de Luis *el Gordo*, se elevan los más acabados tipos de esta arquitectura de transición, la catedral de Nuestra Señora de Senlis y la iglesia abacial de Saint-Denis.

La iglesia de Nuestra Señora de Senlis es una de nuestras catedrales más antiguas. En el plano primitivo tenía tres naves sin cruceros, con un ábside circular y capillas poco profundas. Hasta la época de San Luis no se agregó el gran campanario con su aguja y los cruceros, retocados luego al estilo gótico más brillante. Pero todas las partes de la construcción primera, hasta las bóvedas colaterales, parecen pertenecer a una época próxima a la que vió levantar la iglesia abacial de Saint-Denis. La disposición general del coro es la misma, y la elegante escultura sobre los capiteles indica la relativa antigüedad. Senlis era del rey, y Luis VI, y sobre todo Luis VII, la visitaban con frecuencia. Una carta de Luis VII en que recomienda en 1155 á sus súbditos que contribuyan á la edificación de la nueva catedral, prueba que los trabajos se realizaron lentamente. Fué concluída, bajo su forma primitiva, en 1183 y consagrada en 1191.

La construcción de la iglesia de Saint-Denis (1143) representa por sí misma una importante etapa en la evolución del sistema ojival, pues fué la primera vez que se osó aplicar á la capitalidad de un gran señorío monástico. El ejemplo dado por la primera de las abadías reales y la celebridad del nombre de Suger fueron una de las causas más activas del éxito sorprendente del nuevo método y de los artistas que lo propagaban. No es que deba adjudicarse al abad de Saint-Denis el título de «primer arquitecto gótico», que á veces se le ha dado con un poco de ligereza; pero el apasionado ardor con que construyó su iglesia, los esfuerzos que realizó para oponer el esplendor á la lisura de las iglesias cistercienses, la pompa con que fué celebrada en 1144 la consagración del coro, demuestran que se identificaba con su obra y quería impresionar la imaginación.

De todas partes de Francia y de Europa acudían en masa los peregrinos á prosternarse ante las reliquias de

San Dionisio y de sus compañeros. La multitud se apretaba, se empujaba, se aplastaba por ver ó besar las urnas. «Los que entraban en la iglesia, nos dice Suger mismo, no podían salir y luchaban en vano contra la muchedumbre que por fuera sitiaba las puertas del edificio. Dentro no podía darse un paso, era uno levantado y llevado por sus vecinos: á lo más podía uno gritar. Las mujeres sobre todo, «oprimidas como en una prensa,» se ahogaban, caían y, pisoteadas, lanzaban quejidos ta-



Placas de marfil esculpturadas. Museo de Cluni (de fotografía)

les «que se hubiera dicho que parían.» Muchas de ellas, trasladadas con gran trabajo al jardín de los monjes, exhalaban el último suspiro. Otras, para escapar de la muerte, «caminaban sobre las cabezas de los hombres como sobre un piso continuo.» Los religiosos que exponían las reliquias, víctimas también de la muchedumbre que los envolvía, se vieron más de una vez obligados á escapar por las ventanas, llevándose su preciosa carga.

A fin de evitar tales accidentes reemplazó Suger la iglesia carlovingia, demasiado estrecha, por la basílica que tenemos á la vista en parte. El ingenio de que dió prueba para procurarse los materiales y el dinero que necesitaba fué igual al entusiasmo con que el pueblo acogió la empresa. «Cuando se trataba de retirar de la cantera los bloques que los obreros habían extraído, todos los habitantes del lugar, nobles y no nobles, se engancharon piadosamente á las cuerdas como bestias de

carga, no excusando ni sus brazos ni sus pechos, y en todo el trayecto los artesanos abandonando su trabajo acudían á ayudar al transporte de aquellas masas de piedra á fin de alcanzar los favores de Dios y de los santos mártires.»

El 11 de junio de 1144, día de la consagración y de la traslación de las reliquias, los espectadores fueron aún en tal número que la mayor parte no lograron acceso al monumento. Y cuando los arzobispos y los obispos salieron en procesión para echar agua bendita sobre los muros exteriores, el rey Luis VII y sus oficiales se vieron obligados á protegerlos, propinando golpes contra la aglomeración temible y la confusión. La nueva iglesia era ya insuficiente. La muchedumbre de visitantes no admiró menos lo que impresiona todavía hoy nuestras miradas á pesar de las mutilaciones que el tiempo y los hombres han hecho sufrir al edificio: aquella fachada con dos pisos de ventanas en que el macizo de la

cimbra se une tan felizmente á la ojiva, las bóvedas enlazadas del doble deambulatorio, las siete capillas brillantes con sus azulejos esmaltados, rival del mosaico romano y, en fin, la rotonda, obra maestra de construcción elegante y ligera. El brillante destino del arte gótico, puesto bajo el patronato del hombre que personificaba entonces la monarquía tanto como el rey, está para en adelante determinado y va á desarrollarse sin obstáculos.

¡Tierra privilegiada entre todas ese verde rincón en que el Sena, el Oise y el Marne juntan sus aguas, en que el Capeto posee sus palacios y sus sotos de caza! Había de dar á la Francia entera no sólo su ley y su unidad políticas, sino los dos instrumentos de su civilización y de su preponderancia en Europa: una lengua literaria de incomparable claridad y una forma de arte original cuya superioridad deslumbra todavía todos los ojos.



Sello de la Comunidad de Fismes

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

CUADRO DE LA GEOGRAFÍA DE FRANCIA

	Páginas		Páginas
PREFACIO	I	LIBRO SEGUNDO	
PRIMERA PARTE		ENTRE LOS ALPES Y EL OCEANO	
Personalidad geográfica de Francia		I.—El surco del Saona y del Ródano	
<i>En qué sentido es Francia un ser geográfico.</i>	II	CAPÍTULO PRIMERO.— <i>La Borgoña.</i>	C
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Forma y estructura de Francia.</i> —I. La forma.	II	CAPÍTULO II.— <i>La región lyonesa.</i>	CVII
II.— <i>Caracteres generales de estructura.</i>	III	CAPÍTULO III.— <i>Los Alpes franceses.</i>	CXI
CAPÍTULO II.— <i>Las influencias exteriores.</i> —El Mediterráneo.	VI	CAPÍTULO IV.— <i>El Valle del Ródano y la transición del Mediodía.</i>	CXV
CAPÍTULO III.— <i>Las influencias exteriores (continuación).</i> —El continente.	IX	II.—La cordillera central	
CAPÍTULO IV.— <i>Fisonomía general de Francia.</i>	XV	CAPÍTULO PRIMERO.— <i>El conjunto de la cordillera central.</i>	CXIX
SEGUNDA PARTE		CAPÍTULO II.— <i>Del Langüedoc á la Auvernia.</i>	CXXII
Descripción regional de Francia		CAPÍTULO III.— <i>Las regiones volcánicas.</i> —I. El Velay. II.—El Cantal.	CXXIV CXXV
LIBRO PRIMERO		III.—La Limagne.	CXXVIII
LA FRANCIA DEL NORTE		CAPÍTULO IV.— <i>El Oeste de la cordillera central y los caminos que conducen á la Aquitania.</i>	CXXIX
I.—Ardena y Flandes		LIBRO TERCERO	
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>El contacto político del mar del Norte.</i>	XXII	EL OESTE	
CAPÍTULO II.— <i>La cordillera primaria de Bélgica y del Ardena.</i>	XXIII	I	
CAPÍTULO III.— <i>Las Flandes.</i>	XXVIII	CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Vista general del Oeste.</i>	CXXXII
II.—La cuenca parisiense		CAPÍTULO II.— <i>El Poitou y la parte meridional de la cordillera del Oeste.</i>	CXXXV
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Parte septentrional.</i> —La Picardía.	XXXIV	CAPÍTULO III.— <i>Posición marítima y estuario del Loira.</i>	CXXXVII
CAPÍTULO II.— <i>La parte septentrional de la región terciaria: Laón y Soissons.</i>	XLI	II	
CAPÍTULO III.— <i>La cuenca parisiense más arriba de París.</i>	XLIV	CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Los confines de la Bretaña.</i>	CXXXVIII
I.—El Morván.	XLVI	CAPÍTULO II.— <i>La Bretaña.</i> —I. El interior.	CXL
II.—Champaña.	L	II.—El Armor.	CXLIII
CAPÍTULO IV.— <i>Las comarcas situadas alrededor de París.</i> —I. La Brie.	LII	LIBRO CUARTO	
II.—El valle del Oise en la región parisiense.	LV	EL MEDIODÍA	
III.—Vexin.	LVI	I.—El Mediodía mediterráneo	
IV.—Arenas, gredas y bosques al Sur del Sena.	LVIII	CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Provenza.</i> —I. Las montañas de Provenza.	CXLVI
CAPÍTULO V.— <i>París.</i>	LIX	II.—Las costas.	CXLVIII
CAPÍTULO VI.— <i>Lazo de unión de París con el Loira.</i> —Beauce.	LXI	III.—La llanura provenzal.	CXLIX
CAPÍTULO VII.— <i>Parte meridional de la cuenca parisiense: Nivernais, Berry, Valle de Loira, Turena.</i>	LXIII	CAPÍTULO II.— <i>La llanura y los pasajes del Langüedoc.</i>	CLI
I.—Nivernais.	LXIV	II.—El Mediodía pirenaico	
II.—Sologne.	LXV	CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Los Pirineos.</i>	CLIII
III.—Berry.	LXVI	CAPÍTULO II.— <i>El llano subpirenaico.</i>	CLVI
IV.—El Loira.	LXVII	III.—El Mediodía oceánico	
V.—Val de Orleans.	LXVIII	CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Quercy y Perigord.</i>	CLVIII
VI.—Turena.	LXIX	CAPÍTULO II.— <i>La vida marítima del Sudoeste.</i>	CLX
CAPÍTULO VIII.— <i>Parte occidental de la cuenca parisiense. Normandía.</i>	LXXII	CONCLUSIÓN	
III.—La región renana		LA CENTRALIZACIÓN Y LA VIDA DE OTRO TIEMPO	
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Los Vosgos.</i>	LXXX	I.—Los caminos.	CLXII
CAPÍTULO II.— <i>La Lorena.</i>	LXXXIV	II.—La vida de otro tiempo.	CLXV
CAPÍTULO III.— <i>La comarca del Mosa.</i>	XC		
CAPÍTULO IV.— <i>Alsacia.</i>	XCIV		